

Naturaleza

Voltaire

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Voltaire (1991). Naturaleza. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(146), 118-119. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.146.51583>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

penetrar, algo que la sobrepasa y se eleva por encima de ella y le es contraria, es decir: que no puede ser sondeada por la sabiduría de la naturaleza; pero la sabiduría del hombre, que está por encima de la sabiduría natural, esa sabiduría sí puede comprenderlo, pues la naturaleza irradia una luz que puede ser reconocida por su propio reflejo. Mas, en el hombre hay también una luz que está fuera de la luz que nace de la naturaleza. Esa es la luz con la que el hombre capta, aprehende y sondea las cosas sobrenaturales. Los que buscan en la sabiduría de la naturaleza, hablan de la naturaleza; los que buscan en la sabiduría del hombre, dicen mucho más de lo que hay en la naturaleza misma, pues el hombre es más que la naturaleza. El es la naturaleza, es también un espíritu, también un ángel; él posee esas tres cualidades. Si deambula por la naturaleza, a ésta prestará servicio; si deambula por el espíritu, estará al servicio del espíritu; y si deambula entre los ángeles, prodigará sus servicios como un ángel. Lo primero le ha sido dado al cuerpo; el resto, al alma, y éstos son sus tesoros. Precisamente por esto, porque el hombre tiene un alma y esas dos cualidades en ella, por esto es que puede elevarse por encima de la naturaleza y puede investigar lo que no existe en ella, puede penetrar y ahondar en el infierno, en el demonio y en su imperio. Y es así que el hombre comprende también el cielo y su esencia, es decir: a Dios y a su imperio. Quien tenga que ir a un lugar determinado, habrá de saber antes sobre la esencia del mismo y podrá, por lo tanto, caminar a donde le plazca.

Paracelso, *El libro de las ninfas, silfos, pigmeos, y salamandras y de los demás espíritus*, Barcelona, Edit. Obelisco, 1987.

NATURALEZA

Voltaire

El Filósofo. ¿Qué eres tú. Naturaleza? Vivo en ti y hace cincuenta años que te busco y no he podido encontrarte todavía.

La Naturaleza. Los antiguos egipcios, que según dicen vivían doscientos años, me reprochaban lo mismo. Me llamaron Isis y me cubrieron la cabeza con un velo, diciendo que nadie podía levantármelo.

El Filósofo. Por eso me dirijo a ti. Pude medir algunos de tus astros, conocer su órbita y asignar las leyes del movimiento, pero no he logrado saber quién eres. ¿Actúas continuamente? ¿Eres siempre pasiva? ¿Tus elementos se organizaron por sí mismos, al igual que el agua se pone sobre la arena, el aceite sobre el agua y el aire sobre el aceite? ¿Dirige tus operaciones un espíritu, como dirige los Concilios cuando se reúnen, aunque sus miembros sean algunas veces ignorantes? Te suplico que me proporciones la clave de tu enigma.

La Naturaleza. Soy el gran todo, no sé nada más. No soy matemática y en mí todo está organizado con leyes matemáticas. Adivina, si puedes, cómo se hizo esto.

El Filósofo. Pues si eres el gran todo que sabes matemáticas y tus leyes son estrictamente geométricas, es menester que exista un ser eterno geómetra que te guíe, esto es una inteligencia suprema que dirija tus operaciones.

La Naturaleza. Tienes razón. Soy agua, tierra, fuego, atmósfera, metal, mineral, piedra, vegetal y animal. Sé que existe en mí una inteligencia; tú también la tienes y

no la ves, como yo tampoco veo la mía. Sé que existe un poder invisible que no puedo conocer. Por tanto, ¿cómo quieres tú, que sólo eres una parte insignificante de mí misma, saber lo que no sé?

El Filósofo. Los hombres somos curiosos. Quisiera saber por qué siendo como eres tan tosca en las montañas, desiertos y mares, eres, sin embargo, tan industriosa en tus animales y vegetales.

La Naturaleza. ¿Quieres que te diga la verdad? Me han designado con un nombre impropio: me llaman *Naturaleza* y soy todo arte.

El Filósofo. Esa palabra desconcierta mis ideas. ¿La naturaleza es arte?

La Naturaleza. Sin duda. ¿Ignoras que se ha plasmado un arte infinito en esos mares y en esos montes que tan toscos te parecen? ¿Desconoces acaso que toda las aguas gravitan hacia el centro de la Tierra y sólo se elevan obedeciendo a leyes inmutables; que esas montañas que coronan el mundo son inmensos depósitos de nieves eternas y madres de fuentes, lagos y ríos, sin los cuales el género animal y el reino vegetal morirían? Crees que tengo sólo tres reinos, el animal, el vegetal y el mineral, pero es menester que sepas que mis reinos son millones. Si te detienes a analizar la formación de un insecto, de una espiga de trigo, del oro y del cobre, todo te parecerá en mí maravillas de arte.

El Filósofo. Es verdad. Cuanto más reflexionó más comprendo que eres el resultado del arte de un ser omnipotente que te oculta y te hace aparecer. Todos los filósofos desde Thales, y acaso muchos anteriores a él, han jugado a la gallina ciega contigo y han dicho: Ya te he pillado, pero no te tenían. Todos los hombres nos parecemos a Ixión, que creyó abrazar a Juno y sólo era una nube.

La Naturaleza. Puesto que soy todo lo que es, ¿cómo un ser como tú, parte exigua de mí misma, ha de poder aprehenderme? Contentaos, hijos míos, siendo como sois átomos, con ver algunos átomos que os rodean, con beber algunas gotas de mi leche, con vegetar algunos momentos en mi seno y con morir sin llegar a conocer a vuestra madre y a vuestra nodriza.

El Filósofo. Pues bien, madre mía, dime por qué existes y por qué existe todo lo del mundo.

La Naturaleza. Te contestaré lo que respondo desde hace muchísimos siglos a quienes me preguntan sobre los primeros principios: no lo sé.

El Filósofo. Sería preferible la nada a la multitud de existencias creadas para ser continuamente extinguidas, a la infinidad de animales que nacen y se reproducen para devorar a otros y ser devorados al ingente número de seres sensibles que padecen esa enormidad de sensaciones dolorosas, al exceso de inteligencias que rara vez conocen la razón. ¿Para qué todo esto, Naturaleza?

La Naturaleza. No sé contestarte. Pregúntaselo al que lo hizo.

Voltaire, *Diccionario Filosófico*,
México, Dainón, 1977.

CONCEPTO DE LA NATURALEZA

Guillermo Federico Hegel

La Naturaleza ha sido determinada como la idea en la forma del ser-otro (Anderssein). Como la idea es, de este modo, la negación de sí misma y exterior a sí, la Naturaleza